

LIGEROS

APUNTES

ACERCA DEL GRAN CARDENAL
Y ARZOBISPO DE TOLEDO

D. Fray Francisco Ximénez de Cisneros

Y EL MEJOR GOBERNANTE DEL MUNDO

POR EL

Doctor Manuel de la Vega y Arango

Médico de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Segovia

PRIMERA EDICION

SEGOVIA. — IMP. DE CARLOS MARTIN

LIGEROS

APUNTES

ACERCA DEL GRAN CARDENAL
Y ARZOBISPO DE TOLEDO

D. Fray Francisco Ximénez de Cisneros

Y EL MEJOR GOBERNANTE DEL MUNDO

POR EL

Doctor Manuel de la Vega y Arango

Médico de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Segovia

PRIMERA EDICION

SEGOVIA. — IMP. DE CARLOS MARTIN

ES PROPIEDAD
DEL AUTOR

AL LECTOR

No es ésta una biografía del gran Cardenal y Arzobispo de Toledo Don Fray Francisco Ximénez de Cisneros, no. Estos son ligeros apuntes de aquel hombre inmenso que ha sido el mejor gobernante de España y quizá del mundo. Era un hombre completo, un carácter, un corazón, una inteligencia.

EL AUTOR.



El gran cardenal Fray Francisco Ximénez de Cisneros, aquel hombre abnegado, fervoroso y austero, fué el mejor gobernante que ha tenido no sólo España, sino el mundo entero.

Con su conducta señaló el camino de la justicia, del orden y de la razón.

Tenía tan altas cualidades de gobierno, que asombran; su carácter era franco, serio y amable, pero no transigía con nada malo o mal hecho. Al fundar la célebre comunidad de Alcalá de Henares puso la mira en la civilización humana, y quiso con ello que los hombres se hiciesen sabios y religiosos.

Tenía un carácter enérgico, una voluntad de acero, un proceder digno.

Las cuestiones científicas, eran para él de importancia suma; quiso que los sabios lo fueran de veras y se empeñó en que todos cumplieran con su deber.

Diplomático modelo, religioso observantísimo, confesor prudente y sabio, y sobre todo, un hombre de gobierno. Ante todo observaba su regla y luego hacía lo que las circunstancias le inspiraban y siempre con un acierto admirable.

Tenía valor, y lo demostró yendo a las campañas donde arengaba a los soldados para que cumplieran con su deber sin decaimientos ni cobardías. El, hubiese sido un buen general, un excelente caudillo.

Contaba Cisneros, según decía uno de sus biógrafos, que estando en Tetuán, un tudesco convertido recientemente, le dijo: ¿Qué significa ese sombrero rojo? Que soy cardenal de la Iglesia Romana. ¿Y ese bastón? Que soy generalísimo de los Ejércitos de su Majestad. ¿Y ese cordón? Que soy fraile franciscano. Y añadió: ¿Y si el cardenal y el generalísimo, se van al infierno, el fraile dónde irá? Esto lo contaba el gran Cisneros muchas veces.

Hemos dicho, que el cardenal Cisneros, era hombre de gran carácter y voluntad de acero y lo demostró cuando siendo Arzobispo de Toledo quiso clausurar a los canónigos porque uno de ellos, intrigante y turbulento, D. Alfonso de Albornoz, a petición suya toman el acuerdo, según dice el Padre Coloma en su obra «Fray Francisco», de enviar una comisión de canónigos para felicitar al nuevo Arzobispo. El hecho es que el canónigo Albornoz, salió para Roma a fin de evitar que Cisneros llevase a cabo la clausura de los canónigos, pero le salió mal la treta, y al efecto, enviaron dos capitanes de suma confianza, al punto que debía embarcarse el canónigo Albornoz con orden de prenderle y llevarle a la fortaleza de Alcalá de Henares que era lugar de los Arzobispos y fué muy en breve el gran teatro de las glorias de Fray Francisco.

En el caso de que el canónigo se hubiese dado a la vela, debían los capitanes (se-

gún mandato del enérgico Cisneros) armar al punto una galera y seguirle, y si posible fuera, adelantarle, a fin de llegar a Roma antes que él y entregar al embajador allí, Garcilaso de la Vega (ascendiente del que esto escribe), unos despachos urgentísimos de la Reina en que iban sus instrucciones. Así sucedió en efecto, añade el Padre Coloma. Diez y seis horas llevaba ya en el mar el canónigo Albornoz navegando hacía Ostia cuando los dos capitanes llegaron a Valencia donde se había embarcado. Siguiéronle estos en una galera de la Reina con tan buena fortuna de vientos y tanto esfuerzo de remos, que llegaron a Roma veinticuatro horas antes que el canónigo desembarcase en Ostia. ¡Cuánto acierto!

Acompañábale un clérigo capellán y dos criados y su sorpresa fué inmensa al encontrarse al pie del desembarcadero, al embajador de la Reina en persona que le estaba aguardando con alguna gente de su casa,

Tranquilizóse éste con alguna de esas suaves mentiras que constituyen el gran arsenal de la diplomacia y condújole a su posada por la margen izquierda del Tiber, recorriendo las tres leguas que separan a Ostia de Roma, en cómodas caballerías que tenía preparadas al efecto.

Convidó a comer el embajador al canónigo, y no bien levantaron los manteles, intimóle la orden de la Reina contenida en los despachos traídos por los capitanes.

Mandábase en éstas a Garcilaso de la Vega, apoderarse de la persona del canónigo Albornoz, en cuanto desembarcase en Ostia, y sin permitirle a él ni a ninguno de su séquito comunicar con nadie en Roma, volverle a embarcar para España, bien custodiado y atendido en la misma galera que había llevado a los dos capitanes. La sorpresa y espanto del canónigo, no le permitieron llevarse sus cortos brazos a la cabeza.

Dos días los retuvo Garcilaso en la Em-

bajada para que descansasen de las fatigas del viaje, agasajándoles y divirtiéndoles mucho, pero sin permitirles salir a la calle, y teniéndoles siempre centinelas a la vista.

Embarcóles, y al fin, al tercer día, custodiados por los capitanes como reos de Estado, y al arribar a Valencia, encerraron en un castillo al canónigo y su capellán y pusieron en libertad a los dos criados. Trasladáronles después a la Fortaleza de Alcalá de Henares, y allí formaron proceso al canónigo de los bracitos cortos y larga astucia, resultando probado su delito, así por confesión propia, como por los papeles que se le ocuparon.

Condenáronle entonces a diez y ocho meses de prisión, más por escarmiento público que por mortificarle a él mismo, y cumplidos en la cárcel de Alcalá, harto benignamente, pues aunque siempre tuvo centinelas a la vista, nunca se le privó de pasear, charlar, gesticular y sobarse las manos.

¡Así las gastaba el gran Cisneros! ¡Así ¡A él, no le importaban las intrigas, ni las tretas del canónigo Albornoz. Esto poco más o menos dice el Padre Coloma.

Dice también el Padre Coloma, que jamás se vió elevado a más alto grado el nolo episcopare (no quiero ser obispo) y nunca por parte de un soberano y de un Pontífice, se cumplió el nolentibus detur (dese a los que no lo quieren).

Gran trabajo costó al humildísimo Cisneros aceptar el Arzobispado de Toledo, pero en vista del mandato del Papa, Cisneros pronunció un fiat y aceptó solo por obediencia y nada más.

Al tomar posesión del Arzobispado, todo Toledo se vistió de gala y dió gracias a Dios por tener tan digno Arzobispo; nadie puede imaginar la alegría de la imperial ciudad.

No había entonces telégrafo, ni auto, ni aún diligencias; se caminaba en carros o en caballerías; las mujeres iban a caballo en

jamugas, especie de sillas, algunas muy lujosas, de terciopelo. Yo recuerdo haber visto la jamuga en la que iba mi abuela a los viajes con mi abuelo que era militar valiente que sirvió como oficial con el general Espartero que le distinguió mucho. Estuvo herido varias veces y fué muy bravo. Dejemos las digresiones y volvamos al gran Arzobispo de Toledo.

Como no había aquellos medios de viajar que ahora tenemos, el cardenal, según dice el Padre Coloma, vino a Toledo en un pollino como Nuestro Señor Jesucristo entró en Jerusalén. Se supo, pues, que el Arzobispo emprendió su última jornada a las dos de la madrugada, debiendo llegar de seis a siete de la mañana al paraje en que le aguardaban. Adelantaba el día, el sol comenzaba ya a picar, y, cansados los toledanos de tan larga espera, apeábanse de las mulas y los caballos y guarecíanse a la sombra de los árboles haciendo comentarios, no siempre benignos

sobre la tardanza del Arzobispo. Interrumpió, al fin, aquellas murmuraciones propias siempre del que incómodamente espera, el galope de un caballo que entre nubes de polvo se acercaba. Era el último de los cuadrilleros apostados, Ximén Soda, que venía a dar aviso de que el Arzobispo estaría allí antes de un cuarto de hora.

Apresuráronse todos a montar a caballo y a dividirse ordenadamente: El Justicia mayor, los nobles y las dignidades de la catedral, al frente; los Regidores, con sus ropas talares de terciopelo negro y sus varas en las manos; a la izquierda y a la derecha, los canónigos, montados en soberbias mulas, teniendo cada uno detrás dos criados vestidos de escarlata; el clero secular iba en medio con sus cruces parroquiales en hilera; detrás las Comunidades religiosas, y últimamente, el pueblo dividido en dos alas a uno y otro lado del camino.

Traspuso al fin una loma frontera que ce-

rraba el horizonte una procesión de doce religiosos seguida de un tropel de gente miserable; venía delante un franciscano llevando la Cruz pastoral y detrás de todos, otro más anciano, montado humildemente en un pollino.

Al divisarle los toledanos, adelantáronse ordenadamente cantando todos el Benedictus qui venits in nomine Domini...

La esquila de una ermita que había en un montecillo, a la izquierda, comenzó a repicar alegremente; el día, era espléndido, y el cielo, diáfano y sin una nube, parecía una inmensa turquesa.

Acercábanse mutuamente las dos comitivas, y cuando estuvieron a la mitad de la distancia que les separaba, detúvose la del Arzobispo, apeóse del pollino y aguardó a pie quieto a que los toledanos se acercasen.

Rodeáronle los pobres que había recogido del camino y que le cercaban agitando ramas verdes como si quisieran imitar la entrada

triumfal en Jerusalén el Domingo de Ramos.

Al detenerse los toledanos ante el Arzobispo, hizoles éste una profunda reverencia; apeáronse ellos y doblaron las rodillas para recibir la bendición; entonces, irguiendo Fray Francisco su alta estatura, con sobrehumana majestad, dióselas por tres veces, una al frente, otra a la derecha, y la tercera a la izquierda.

Abrazóles luego uno a uno, y para todos tuvo palabras de cordialidad y de afecto.

Venía el Arzobispo, dice el Licenciado Vallejo, testigo presencial de este recibimiento, en su jumentillo de siempre: su vestido era su hábito y manto con muceta y sombrero del mismo color. Venía descalzo, solo con unas sandalias de la orden, descubierto todo el pié, imitando siempre su profesión y regla.

Tenían los del Cabildo preparada para el Arzobispo, una mula parda con modestos jaeces, y a ella subió el Prelado para hacer su entrada en Toledo, entre el repique

atronador de todas las campanas y las aclamaciones del pueblo que a una voz le proclamaban santo...

En el atrio de la Catedral, diéronle a adorar el Lignum Crucis que en magnífico relicario allí se conserva; trajéronle después el libro de los Estatutos y privilegios de aquella Santa Iglesia Primada, y él juró observarlos antes de traspasar el umbral, según era costumbre. Hizo luego una breve oración, ya dentro del templo, al pie del altar mayor, y desde el mismo sitio bendijo solemnemente al pueblo. Retiróse entonces a su palacio seguido de la muchedumbre, entre la cual repartió gran cantidad de maravedises de plata y de exquisitos panes amasados aquel día al efecto.

No bien estuvo el Arzobispo en posesión de su Diócesis, comenzó a poner en práctica con su incansable y ordenada actividad los planes y proyectos que tenía ya imaginados y decididos, y lo primero que hizo, fué el

cálculo exacto y escrupulosa división de sus rentas.

Pasaban éstas por aquel entonces de doscientos mil ducados, y esta suma enorme para aquel tiempo, dividióla en cuatro partes iguales: dos de ellas, es decir, la mitad de sus rentas, dedicólas indefectiblemente durante todos los días de su vida, a limosnas a pobres de todas clases, hospitales, casas de misericordia, y de niños expósitos, para los que siempre mostró Cisneros grande compasión y ternura. De las otras dos cuartas partes, dedicó la una, para obras pías del culto de Dios y del bien público, y reservó lo restante para sostener los gastos de su casa; mas como éstos eran mezquinos, y, por otra parte, tenía prohibido el Arzobispo distraer un solo maravedí de los fines a que se destinaba las otras tres cuartas partes, sucedía con frecuencia que cualquiera obra impensada de caridad o de piedad que no estaba en el presupuesto, se

sufragaba con la parte reservada a los gastos de su casa, resultando de aquí casi siempre empeñado o alcanzado en lo que a su parte tocaba el caritativo Arzobispo.

Fué singular el orden que el Arzobispo estableció en su palacio, y después mereció los elogios entusiastas de unos, las sátiras de otros y críticas acerbas y el asombro y admiración de todos.

Despidió de su servidumbre a todos los pajes, mayordomos, maestresalas y demás criados de honor que a imitación de la Casa Real existían entonces en todos los palacios de los Grandes y trajo a su vez diez frailes escogidos de su Orden, que le servían en estos cargos y le ayudaban además a rezar en coro, el oficio divino con tanta puntualidad y fervor como pudiera hacerse en el coro del más observante de los conventos.

Desterró de sus habitaciones todos los tapices, alhajas y ricos muebles, y sólo dejó en su alcoba una tarima con ruedas en la cual

dormía sin desnudarse el hábito, teniendo por cabecera un gran leño envuelto en una manta.

En la cocina, guisaban una comida modesta, pero abundante, sana y nutritiva e igual en todo a la del Arzobispo, para treinta pobres que comían diariamente en el palacio, sirviéndoles muchas veces el mismo Cisneros.

Su método personal de vida durante todo su pontificado, fué siempre el mismo, sin vacilaciones ni desfallecimientos hasta los ochenta y dos años de su edad que se le acabó la vida. Levantábase en todo tiempo a las dos de la madrugada, y acto seguido, hacía tres horas de meditación, lo cual llamaba él su consulta con Dios; porque a solas con su conciencia y a los pies del Crucifijo, repasaba entonces todos los puntos que debía resolver aquel día, así en el gobierno de la Diócesis, como en el del Reino, cuando lo tuvo, meditando las soluciones y pidién-

do a Dios humildemente le inspirase las más acertadas y acordes con la justicia y el bien público.

Confesábase después diariamente para prepararse al Santo Sacrificio de la Misa, que celebraba con grande pausa y devoción.

A las siete salía a su despacho para recibir las visitas y tratar los negocios de particulares, lo cual hacía de esta manera:

Había en medio de la estancia una gran mesa cuadrada y abierta encima una Biblia, en la que encontraba leyendo al Arzobispo todo el que iba a visitarle.

Si era persona cuya jerarquía le daba derecho a silla, dábasela cortesmente; si no lo era, dejábale en pie y escuchábale paseando, mas en todo caso despedía al visitante no bien despachada la petición o consulta y volvía al punto a la lectura de su Biblia, evitando así la pérdida de tiempo en comedimientos vacíos o comentarios inútiles.

Daba la audiencia hasta las once, y a esta

hora y por vía de distracción y recreo, tomaba la lección a los pajes que por orden del Papa, más adelante tuvo, y a los cuales hacía-les dar tan sólida y brillante educación, que muchos de ellos salieron hombres eminentes. A las doce en punto, era la comida y durante ella tenían lugar aquellas famosas disputas que sobre puntos teológicos o místicos, filosóficos o canónicos, sostenían los teólogos de cámara del Arzobispo, los cuales adquirieron universal renombre entre el mundo científico de entonces, y solicitaban presenciárselas los más renombrados sabios de la época.

He aquí lo que dice sobre estas famosas disputas el doctor Balboa, uno de los teólogos de cámara que tomaban parte en ellas, en tiempos más posteriores, cuando ya el Arzobispo era Cardenal:

«Diré también lo que pasó después que fuimos llamados para casa del Cardenal, mi señor, el doctor Vergara y yo, el doctor

Vergara para Secretario y yo para aquel ejercicio de letras y disputas, que tenía en su mesa. El cual ejercicio y disputa daba tanta autoridad a su persona y casa que sonaban en toda la Cristiandad; y concurrían a la dicha disputa tantos varones del Reino, que no tenía por letrado en Teología quien no fuera a la dicha disputa, porque había un banco grande así para los que defendían las conclusiones como para los que argüían. Y a mi me aconteció en doce meses continuos, defender en cada día tres o cuatro conclusiones de Teología y Filosofía y por ser espectáculo tan admirable, muchos otros, sin los letrados, concurrían a dicha disputa sin Condes, Duques y Marqueses que comían con el Cardenal mi señor.

Y era un exte ejercicio continuo que no solamente estando de acierto sino caminando abierta de ambas partes la litera iban siempre los doctores teólogos de una parte y de otra, proponiendo cuestiones y averi-

quando la verdad de ellas y esto era la plática y comunicación de todo el camino como si estuviéramos de acierto, y esto, nunca cesaba, sino es cuando las compañías de los hombres de armas que estaban aposentados en lugares, salían con sus capitanes a presentarse delante del Cardenal, mi señor, arremetiéndose en escuadrones por darle contento (porque era tan aficionado a las armas como a las letras y virtud) y después que había hecho su salva, el Capitán, llegaba a la litera a besar las manos al Cardenal, mi señor, y despachábale graciosamente y luego los teólogos tornábamos a nuestro ejercicio de letras.

Y los doctores y teólogos de su casa, éramos tratados muy honradamente, como compañero y no como señor. El ejercicio de letras, no sólo se tenía a la mesa en la comida, lo cual era tan público como está dicho, más también era mucho mayor el ejercicio de letras a la noche en secreto de estudio,

concurriendo a él los doctores que éramos sus criados. Porque tuvo este orden de vida en todo tiempo de su Gobernación (de la Monarquía) que luego se levantaba de comer, se sentaba por espacio de cuatro horas o así comunicar con los Consejeros del Reyno sobre la provisión y gobernación de lo que era menester para el mismo Reyno y después de haber acabado se entraba a su retiramiento y para su recreación y alivio de su trabajo, se ponía a estudiar las más de las veces en las partes de Santo Tomás, y en otros libros sagrados. Al punto de las seis, éramos llamados los doctores criados suyos, para que entrásemos donde él estaba, que era su estudio, a donde por espacio de dos horas y otras veces hasta que era hora de cenar, estábamos en el exercicio de las letras proponiendo gestiones gravísimas, y diciendo cada uno su parecer de ellas, y él resolviendo y dando su parecer el postrero de todos. El cual parecer, en lo que tocaba

à la Sagrada Escritura, era muy acertado, porque era en esto muy sabio y exercitado.

Aquel aspecto de sencillez y pobreza monástica que el Arzobispo Cisneros conservó en su casa y persona chocó desde luego con las ideas de la época, y puso de relieve el lujo vanidoso de los canónigos que procuraban realzar su dignidad, más con ostentación y aparato, que con la práctica de las virtudes cristianas. Acusaron, pues, a Cisneros de menospreciar la dignidad episcopal y dar más importancia a su orgullo de fraile que a su Mitra de Arzobispo, y tales cosas hicieron y dijeron que lograron al fin que el Papa, Alejandro VI, dirigiese a Cisneros el siguiente Breve:

«Al amado hijo Francisco, Arzobispo de Toledo, Alejandro Papa VI:

Amado hijo: Salud y Apostólica bendición. La Santa Militante Iglesia, imitando a la Jerusalén celestial, tiene para sus diferentes jerarquías, diferentes ornatos o señales ex-

teriores de su autoridad en los cuales ornatos así como se puede prevaricar por exceso, también puede delinquirse por defecto, según entendemos que no lo ignoráis. Agradable es a Dios y laudable la obervancia conducente a cualquier estado o jerarquía: Por cuya razón toda suerte de personas (y principalmente los Prelados de la Iglesia) deben con la mayor exacción procurar, así en la vida como costumbres y procedimientos de lo interior, como de lo exterior del porte, que no sean notados ni censurados ni de soberbias por el Santo pomposo, ni de supersticiones por el abatimiento nimio; como sea fuera de duda que uno y otro extremo envilece y desacredita no poco la autoridad de la Eclesiástica disciplina. En esta consideración, habiéndoos elevado la Silla Apostólica de estado inferior a la dignidad y jerarquía de Arzobispo, os exhortamos a que cuidéis de arreglaros exteriormente al porte conducente a vuestro estado

en vestido y familia y en todas aquellas exterioridades que adornan para el respeto de los inferiores, la dignidad de vuestro oficio, así como vivís para con Dios (según lo tenemos entendido) en el orden interior de vuestra conciencia. Dado en Roma, en San Pedro, al anillo del pescador en 25 días de Diciembre de mil cuatrocientos noventa y cinco años en el año cuarto de nuestro Pontificado.»

Todo lo que vengo diciendo es del Padre Luis Coloma en su concienzuda y documentada obra «Fray Francisco».

Cisneros, en vista del Breve de su Santidad el Papa, no tuvo más remedio que honrar su persona, vistiendo dignamente la púrpura cardenalicia para dar esplendor a su dignidad, pero debajo, llevaba el sayal franciscano. Uno de sus historiadores (creo que es el mismo padre Coloma) dice que se le encontraron en una cajita la aguja e hilo con que se remendaba los hábitos. El cardenal Fran-

cisco Ximénez de Cisneros, era hombre de gran talla física y moral, daba poca importancia al boato exterior, le gustaba más vivir con sencillez franciscana.

El rey Fernando, al felicitar al Cardenal Cisneros por la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares, recibió la siguiente contestación de Cisneros: Señor, mientras vos ganáis reinos y formáis capitanes, yo trabajo por formar hombres que honren a España y sirvan a la Iglesia.

No se acabaría nunca de hablar en elogio del gran Cardenal Cisneros; era un asombro, por su saber, por su carácter, por su caridad, por su desinterés, y, sobre todo, por su piedad. Ni el trato con los reyes y magnates, ni la púrpura, ni nada, le ensoberbeció, él siguió siempre siendo fraile franciscano, e imitando al pobrecillo de Asís.

¡Gloria a Cisneros, admiración a Cisneros, honor a Cisneros, y recuerdo eterno a Cisneros! Los grandes, no le asustaban y sino

que lo diga aquel rasgo de: Estos son los poderes con los que yo gobernaré. Abrió el balcón y les enseñó a aquellos enfatuados, los cañones y los fusiles que tenía un cuerpo del Ejército.

Era un hombre y un carácter firme como una roca en medio de las olas.

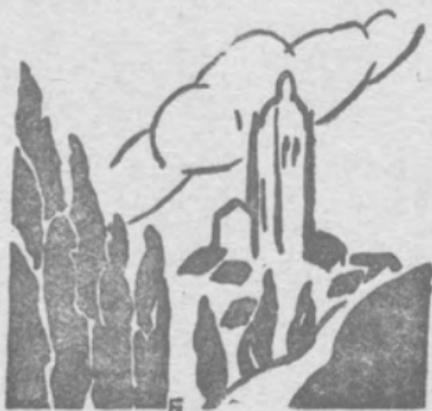
A él que no le fueran con bravatas ni con insolencias, porque nada conseguirían. En Orán, arengó a las tropas y las electrizó. El mismo dijo que le sobraba valor para coger una bandera y plantarla en medio de las filas enemigas.

¡Gran soldado, gran sabio, gran Arzobispo, gran Cardenal, gran fraile franciscano, grande en todo, inmenso!

¡Gloria otra vez a Fray Francisco Ximénez de Cisneros! ¡Amor al gran gobernante!

LAUS DEO

*Se acabó de imprimir este
libro en la Imprenta de
Carlos Martín el día
4 de Agosto del año
del Señor de 1936*



Precio: 2 pesetas